

# CLINAMEN

AÑO II

ENERO

MONTEVIDEO

4



### SUMARIO DEL N.º 3

Joaquín Torres García: *De la pintura y el pintor*. — Jean Paul Sartre: *La concepción dialéctica de la nada*. — Amanda Berenguer de Díaz: *Narciso moribundo*. — Mario Arregui: *Los mundos mutilados*. — Manuel Arturo Claps: *Spencer y Comte*. — Carlos M. Rama: *Historicidad de la especulación histórica*. — Carlos Mastronardi: *Lirismo y facilidad*. — Alfonso Reyes: *Para una cultura americana*. — Gervasio Guillot Muñoz: *La encrucijada del surrealismo*. — Jean Santoni: *Sentido y permanencia del milagro griego*.  
*Notas de:* Alfonso Domínguez, Víctor J. Bacchetta, Ida Vitale, Ola O. Fabre, Carlos M. Rama, Manuel Arturo Claps, Jorge Cooke, Emir Rodríguez Monegal.

# CLINAMEN

REVISTA BIMESTRAL  
ENERO DE 1948  
AÑO II — NÚMERO 4

## SUMARIO:

### FICCION

|  |    |
|--|----|
| Idea: <i>Cielo cielo</i> . . . . .                         | 8  |
| Angel Rama: <i>El preso</i> . . . . .                      | 9  |
| Jorge Medina Vidal: <i>Oración fúnebre para los héroes</i> | 27 |
| Santiago Dabove: <i>El recuerdo</i> . . . . .              | 28 |
| " " : <i>"De la musique avant toute chose"</i>             | 29 |

### CRITICA

|  |    |
|--|----|
| Jules Romains: <i>A propósito de André Gide</i> . . . . .  | 3  |
| José Pedro Díaz: <i>Anotaciones sobre "Hamlet"</i> . . . . .   | 14 |
| Miguel Angel Virasoro: <i>El problema de la nada en la filosofía de J. P. Sartre. (Observaciones críticas)</i> | 30 |
| Casto Canel: <i>La creación musical infantil</i> . . . . .   | 33 |

### TESTIMONIO

|   |   |
|---|---|
| André Gide: <i>Discurso de recepción del Premio Nobel</i> | 7 |
|---|---|

### RASTROS DE LECTURAS

|   |    |
|---|----|
| Herman Hesse: <i>El drama de nuestro tiempo</i> . . . . . | 38 |
| La Bruyère <i>Retrato contemporáneo</i> . . . . .         | 38 |

### LATITUD SUR 34°, LONGITUD 58° OESTE

|   |    |
|---|----|
| Antonio Facal: <i>Temporada de Teatro Nacional</i> . . . . .                  | 39 |
| Elena Rojas: <i>Concurso de sonetos cervantinos</i> . . . . .                 | 40 |
| Ola O. Fabre: <i>"La llama oscura", por Alejandro C. Arias</i>                | 42 |
| C. Gualayo Ríos: <i>"Cuentos del fantasma", por Pedro L. Ipuche</i> . . . . . | 42 |
| Ida Vitale: <i>"Tiempo al sueño", por C. Denis Molina</i> . . . . .           | 43 |

### DISCUTERO UNIVERSITARIO

|  |    |
|--|----|
| Carlos Vaz Ferreira: <i>Anteproyecto de Reglamento</i> . . . . . | 44 |
| Reglamento de la Facultad de Humanidades y Ciencias              | 46 |

### OTRAS LATITUDES

|  |    |
|--|----|
| Luis Giordano: <i>Congreso de los Pen Clubs</i> . . . . .                          | 47 |
| Carlos M. Rama: <i>El nuevo Huxley</i> . . . . .                                   | 48 |
| Ida Vitale: <i>"El momento de tu vida", por William Saroyan</i> . . . . .          | 50 |
| Ola O. Fabre: <i>"Sombras del paraíso", por Vicente Alexandre</i> . . . . .        | 51 |
| Angel Rama: <i>"La Fontaine y sus fábulas", por Carlos Vossler</i> . . . . .       | 51 |
| Carlos M. Rama: <i>"Los jardines de la Historia", por Emile Gebhardt</i> . . . . . | 52 |
| Carlos M. Rama: <i>"La ciencia española", por M. Menéndez y Pelayo</i> . . . . .   | 53 |
| Luis de Paola: <i>"El profeta de la pampa", por Ricardo Rojas</i> . . . . .        | 53 |

### PLASTICA

|  |          |
|--|----------|
| Joaquín Torres García: <i>Dibujo</i> . . . . .   | carátula |
| <i>Vinetas</i> , de: Horacio Torres (p. 6), Augusto Torres (ps. 13 y 26)<br>y Eduardo Fonseca (ps. 29 y 56). |          |

## El Preso

*A José Pedro y Minye.*

SE apoyó en el marco de la ventana y observó el patio de baldosas rojas, la pequeña pared encalada y más allá, hacia arriba, un cielo turbio, que daba a luz el alba.

Ya era tarde y no obstante, sí, ese era el día fijado. No se veían los habituales centinelas. Un sordo rumor, que se confundía por momentos con el zumbido del silencio en sus oídos, parecía rodear — a lo lejos— la pequeña ventana abierta, rodearlo a él. El ambiente y la soledad eran propicios: invitaban a la huída. Tuvo un instante de vacilación pronto contenido. No se molestó en asomarse más para distinguir a los soldados apostados frente a la gran puerta. No quería saber de ninguna intención que lo sacara de la pendiente por la que se hundía. Tampoco quería recordar, historiar su vida que ahora gorgoteaba para extinguirse.

Durante la noche no pudo conciliar el sueño y se paseó enfurecido por la celda, apretándose la cabeza o gimiendo cuando sentía asomar las caras y empezaban a oírse las palabras. Quería estar vacío de su pasado, expuesto, desnudo, durante el poco tiempo que le faltaba.

Temía el arrepentimiento, la congoja. Demasiadas dudas pesaban en su espíritu perseguido. Entró en la lucha acosado por ellas, buscando en el actuar una afirmación que lo sostuviera, arrancándolo de su constante vacilación.

Se contrajo bajo el hormigüeo de un escalofrío. Abrochó el cuello de la camisa y después de frotarse las manos heladas, las volvió a introducir en los bolsillos del pantalón. Echó una mirada por la pieza vacía. No tenía nada con qué cubrirse. El saco no le había sido devuelto. Les fué más fácil quitárselo que vaciar los bolsillos del papeleo que amontonaba día tras día con notas ocasionales, fugaces impresiones escritas al dorso de un programa o una cuenta, y que siempre olvidaba pasar, ampliándolas, a su libreta.

Una madrugada fría lo buscaba. ¿Por qué elegir las mañanas?, se preguntó. Debía ser más fácil irse en la noche, cuando se está acogido por la sombra. Así como en el lecho con la mujer, aislado del mundo, así en la noche abandonarse en.

Imposible limpiar su mente de todo pensamiento. No retroceder,

clinamen

pero tampoco precipitarse hacia ese futuro tan próximo. Alojarse en el tiempo, inmóvil, y fluir con él.

Estaba entumecido. Presionando con el antebrazo sobre el marco en que estaba apoyado, se alejó de la ventana. Quedó inmóvil un instante; luego dió unos pasos, pero las piernas no lo sostenían y se dejó caer en el borde de la cama. Tirado al través, apoyó la cabeza en el muro. La luz aumentaba y se perfilaban, en el acero, las sombras. Volvió a estremecerse. Entornó los párpados, pero a pesar del cansancio y el deseo de evadirse, debió abrirlos para tener presente ese mundo indeciso que se erguía. Giró la cabeza hacia un ángulo del cuarto, y se abandonó. Era ese el momento de la mañana en que se inclinaba sobre la mesa cubierta de libros y papeles. A la derecha el fichero llevado al día le ofrecía al alcance de su mano las notas necesarias para continuar sus ensayos. Tenía abandonado el trabajo sobre la biblioteca de Montaigne. Recordó... una carne que hay que tragar sin mascar si no se tiene un paladar bien férreo... Y no, no es que falte valor. Serenidad —se dijo— o acaso ¿por qué no?, indiferencia. Desechó esa preocupación chasqueando los labios.

Recordó la multitud de temas iniciados y que había desesperado de terminar, pensó en sus poesías que con tanto celo ocultaba y donde vertía sus melancólicas vivencias.

Pero estaba sobre todo su gran libro, la esperanza de su vida. Tenía años de meditación y era obra —bien lo sabía— para una vida entera de trabajo. Podría titularse “Preguntas de nuestro tiempo”, preguntas y dudas, ya que no podía discernir en el maremagnum de contradicciones, las respuestas adecuadas. ¿Será posible que el hombre sumergido en el torbellino de su época encuentre las necesarias soluciones? Y además, ¿sirve de algo que un observador atento preconice caminos? ¿Sirve! y ¿qué es lo que sirve? y en especial, ¿qué necesita el hombre? ¿Qué obras, qué actos deben cumplirse para seguir el ritmo de esta historia movida tantas veces por fuerzas espúreas? ¿Y no es mejor apartarse, aceptar las exigencias de un temperamento sin cuidar del mundo o de la historia? Pero los grandes, sí, estaban sobre la llaga: Shakes... ¿No es posible también que hayamos sufrido un error de enfoque y que lo que en ellos nos parece valioso fuera en su tiempo lo superfluo? Producir contemplando ambos aspectos de la obra de arte. No, no se trata de hacer para la historia ni para conformar la sociedad en que vivimos. Se trata de hacer. Pero, ¿esto vale? Todo el trabajo de de estas élites, ¿no será material para otras élites cada vez más restringidas y aisladas del mundo? Y la genialidad, y la limitación de la mente, de la corta vida.

Se incorporó. Se ahogaba. Le dolía la nuca presionada contra la pared. Caminó hacia la ventana sin sentir, dentro de los zapatos, los pies endurecidos. Ya era mañana clara y no venían. Se oían, no

clinamen

obstante, voces y pasos; el ruido metálico de algún arma. El campo, a lo lejos, seguía en soledad. Ni los infaltables pájaros. Pensó que acaso se hubiera postergado, y la sola idea de que eso fuera posible, de que pasara otra noche en vela, lo conmovió, y, súbitamente desfallecido, debió apoyarse para no caer de rodillas. Ya no sabía cómo distraer su mente acosada por el recuerdo. La noche anterior, en un supremo intento de liberarse, había concentrado su atención en el movimiento respiratorio de sus pulmones. Hinchía el pecho y después de mantener el aire largo tiempo, lo exhalaba en un lento soplo. Al fin sintió la obsesión de la actividad de sus órganos, el bombeo apresurado de su sangre, el alterado ritmo de su respiración que parecía cortarse por momentos. No podía regir su cuerpo y su mente, y aquel dominio en que se había adiestrado durante años y del que creía ser maestro, se derrumbaba en un instante. Inútil era repetirse que las quejas no servían de nada. Nacían, golpeteando, entre los labios.

No sabía por dónde salir de esa otra celda que lo cercaba. Huir de sí mismo, del torbellino de ese pensamiento inagotable, de la angustia de sentir su pobre vida ahogada que pedía una voz. ¡Y qué fácil era antes eludir el problema o la duda cuando se tornaban demasiado terribles! Había siempre un mañana en qué descansar y en qué volver a preguntarse. Tampoco quería saber ahora lo que antes indagaba. Sólo buscaba liberarse y la liberación — que rechazaba todo su ser— estaba detrás de la puerta que esperaba se abriera.

Sentía ganas de llorar. Tirarse como un niño sobre el lecho y agotarse en lágrimas. ¡Si pudiera volver a empezar! Otra vez las primeras letras, las rondas infantiles, aquel deslumbramiento del amor; entrar de nuevo en la maravilla primera de los libros y el pensar. Acaso volviera a hacer lo mismo, para venir a alojarse a otra celda, a esta misma celda. El eterno retorno. Y sí, ¿acaso no estamos condenados dentro de un círculo ineludible? La sentencia de los astros que el hombre medioeval inquiría desde su torre. Y en ese mismo tiempo, las religiones aseveraban la libertad individual de salvarse o de perderse irreparablemente. En el espíritu de sus dioses había sin embargo una predestinación, pues su omnisciencia le permitía saber el rumbo de cada vida. Y si ellos podían, ¿por qué no salvarle? ¿Y su infinita caridad? Están las fuerzas demoníacas, es cierto, mas también se condicionan a la omnipotencia divina. Acaso en Fausto...

Basta. Le latían las sienes. Mientras se revolvía contra sí mismo, un jadeo constante se escapaba de entre sus labios. Tenía la garganta reseca como después de sus clases entusiastas o de sus discursos combativos desde la tribuna, en que se contemplaba escindido en dos personas —orador y crítico— como un fante repitiendo

clinamen

una lección memorizada. Veía entre la muchedumbre las caras de algunos discípulos: Alvar, con su rostro agudo y ceñido a cada una de sus palabras, que parecía vibrar con el mismo fervor de barricada y Élida, tomada de su brazo, afinada y casi transparente, pobre criatura que la enfermedad hallaba y que vivía de la irradiación de aquel infatigable analista; Máximos, el del gesto lento y la clara distribución de los factores o Román, espíritu frágil que trataba de reflejar al maestro, conteniendo sus ímpetus que temía fueran nocivos o pueriles.

No, él no estaba hecho para ser maestro de aquella juventud. No podía seguir viviendo en el plano aséptico de los temas literarios. Rehuir aquellos rostros ansiosos, hablarles del estilo de Fray Luis cuando reclamaban una palabra para la vida. Tenían que organizarse como hombres conquistando su aire y abrirse camino en un mundo que los empujaba al suicidio de sus ilusiones. No. Todo ese aparato de enseñanza era un "bluff" y su único objeto acogotar nuevas esperanzas. Enseñanza, aprendizaje, cátedra y afuera la ciudad en agonía.

No se había equivocado ni titubeó cuando tomaron por asalto el Cuartel Central. Nada lo molestaba en aquella hoguera de metralla en la que se movía sin tropiezos. Y esta vacilación era pasajera y del mismo género que aquel vértigo que lo dominó cuando vió caer desde las ventanas del último piso los cuerpos de los ajusticiados, proyectados contra un cielo de llamas.

Cruzó en un sentido y otro el pequeño cuarto. Se detuvo ante la puerta. No venían. Hubiera querido golpear, llamarlos para que de una vez lo liberaran, pero las manos eran incapaces de ascender hasta el pecho.

Su obra. No quedaría nada. En seguida sería olvidada. Una migaja de "ce petit amas de poussière et de boue". Una entre tantas. En ese pequeño país de la América del Sur, sin tradición, sin cultura, sin recuerdo. Unas cuantas páginas para alguna oscura bibliografía; una biblioteca de millares de volúmenes que pronto serían esparcidos; un nombre para algunos muchachos; él, nada.

"Sabe esperar". ¿De dónde era eso? ¿Y cómo seguía? Sabe esperar. ¿Esperar qué? ¿Cuánto cuesta! Esperar la vida, la gloria. Ya quedaba poco. ¿De quién era? Golpearon en la puerta. Si tuviera el fichero a mano o la biblioteca. Sabe esperar, así en la orilla de un barco, que la marea suba. Era algo así. Porque la vida es larga y el arte es un juguete. La puerta se abrió. En el corredor había unos hombres. Le dijeron algo. Tenía que salir. Porque la vida es larga y el arte es un juguete. Y si la vida es corta... Avanzó por el estrecho corredor detrás de las espaldas uniformadas. El patio de baldosas rojas. Ya el sol era visible por encima del horizonte.

clinamen

Se anunciaba un lindo día. Brillaba en las laderas un hierba verde-amarillenta. Algunos animales pastaban tranquilos a lo lejos. Sólo las botas golpeando en el embaldosado, vedaban el silencio.

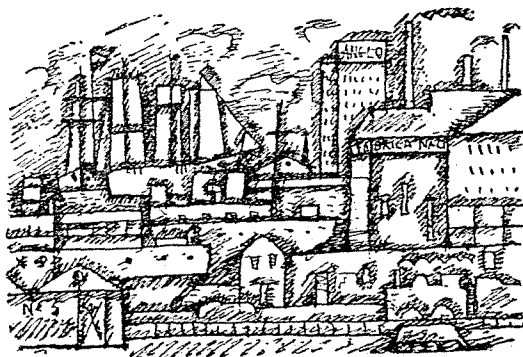
Respiró a pleno pulmón el aire fresco. Parecía limpiarlo y se sentía iluminado, vestido en la luz. Y si la vida es corta y no llega la mar a tu galera, aguarda sin partir y siempre espera, que el arte es largo y además no importa. Avanzó unos pasos hasta detenerse frente al paredón. Era de su altura —uno setenta y cinco— y por encima se levantaba la mancha de un cielo cobalto, espatulado con blancos un poco sucios. Paleta de pintor pobre, se dijo sonriente.

Se dió vuelta. Frente a él, alineados, varios hombres. Levantó la vista: entre dos lomas debía correr un riacho. Se distinguía la pendiente verduzca de los sauces y la explosión roja de los ceibos florecidos. Oía cantos de pájaros sin poder precisar desde dónde llegaban.

Un soldado con un pañuelo en la mano se acercó. Se acercaba también el momento de los héroes: rechazar en un gesto de altivez la venda. ¡Ah sí!, del buen Machado, San Antonio Machado como lo llamaba uno de sus colegas. El soldado, junto a él, parecía esperar el viril gesto de rechazo y la frase para la posteridad. Lo miró: hubiera podido ser un discípulo suyo. Era joven y sus ojos amarronados se inclinaron cuando dijo: "La venda". Sintió todavía la tentación de negarse. ¿Para qué? Ya no estaba en el mundo. Inclino ligeramente la cabeza. En sus ojos ardió otra vez la mancha roja del ceibo, hasta que los cubrió la sombra. Mientras le ataban el pañuelo, repitió los versos de Machado: "y si la vida es corta y no llega la mar a tu galera, aguarda sin partir, y siempre espera, que el arte es largo y además no importa".

Voces de mando. Y además no importa. Una detonación cerrada. Algunas balas picaron la cal del muro. No fué preciso rematarlo: un proyectil le atravesó la frente.

*Ángel Rama.*



Revista editada por Estudiantes de la Facultad de  
Humanidades y Ciencias de Montevideo - Uruguay.

Trabajos de

CANEL

DABOVE

DÍAZ

FABRE

FACAL

GIORDANO

GUALEYO RÍOS

IDEA

MEDINA VIDAL

PAOLA

RAMA A.

RAMA C. M.

ROJAS

RCMAINS

VIRASORO

VITALE